

## Martínez Rodríguez, Jorge (Compilador). La educación moral, un camino de humanización, (2014)

Bogotá; Ediciones USTA, pp. 143,

ISBN: 978-958-631-847-I

Este texto responde a los interrogantes sobre la conceptualización moral de los niños de grado quinto, las representaciones sociales respecto al género en un contexto escolar y la educación moral que se está impartiendo en la educación superior. Ahora bien, ¿por qué es importante hablar, investigar y formarse hoy, en Educación Moral? En la actualidad, la moralidad de las personas no depende fundamentalmente a la transmisión de reglas o de discursos teóricos sobre este tema; sino a los procesos de moralización y a las pedagogías que se tienen en cuenta en el contexto de la familia y de la institución educativa.

Lo que perciben los autores del libro –Luz Edith Rodríguez Pineda, Jaime Ricardo Reyes Calderón, Hovaldo de Jesús Flórez Vahos, Fidel Mauricio Ramírez Aristizabal, Gerardo Martínez Salamanca, Freddy Patiño Montenegro y Jorge Martínez Rodríguez-, afirman que los problemas educativos, desde la infancia hasta la juventud, radican en la no claridad, en la inconsciencia o irresponsabilidad de los educadores y en la distancia entre teoría y práctica de los currículos en la educación formal, que no logran integrar las consciencias y las sensibilidades morales de los estudiantes.

Las investigaciones que soportan cada uno de los capítulos de este libro son el resultado de: un proyecto de grado de maestría en educación de la USTA; un proyecto de tesis doctoral, también realizado en la USTA y una investigación interinstitucional realizada en dos centros de estudios de educación superior, USTA y CIDE (Corporación Internacional para el Desarrollo Educativo).

Los investigadores ofrecen en este libro tres capítulos con contenidos interesantes, innovadores y pertinentes, a la hora de querer implementar líneas formativas desde la perspectiva de las competencias morales que apuntan explícita y directamente a la intencionalidad educativa de profesionales con criterios, convicciones y compromisos responsables en el servicio a la sociedad.

Así, se tiene que el *primer capítulo* es el resultado de una práctica investigativa que cobra especial valor en el modelo de la investigación cualitativa, donde los actores se visibilizan por medio de sus voces, al alcanzar una transformación

en el procedimiento de sus relaciones. Este apartado describe los conceptos y los niveles jerárquicos de conocimiento de la moral que construyen los estudiantes de *quinto grado de primaria* en edades entre los 10 y 12 años. En este sentido, los autores hicieron un importante acercamiento a la realidad de los niños, identificando la época de colegio, para reconocer los contenidos que configurarán su carácter moral y que son el resultado de lo que en la infancia han recibido.

Así mismo, el capítulo presenta una discusión sobre los conceptos de desarrollo moral de los niños elaborados por autores como Piaget y Kohlberg, entre otros. La discusión deja abierta una reflexión hacia la búsqueda de nuevas estrategias pedagógicas para una sana convivencia.

Los autores son conscientes de que la moralidad presenta retos a la educación y propiamente al educador, quien es el actor principal y responsable de ofrecer las rutas que respondan a las preguntas vitales y a las expectativas de crecimiento de los jóvenes, a sus anhelos de felicidad, a los significados de las relaciones humanas y a sus búsquedas personales. Por tanto, una educación desde lo que significa educar moralmente tendrá que buscar respuestas a las paradojas entre pensamiento y acción, entre obligaciones formales y acciones reales. Es decir a ver en la educación el mejor vehículo para la potenciación de las virtudes y para el desarrollo de los seres humanos como seres libres y felices.

El *segundo capítulo* introduce en el mundo de las representaciones sociales y los imaginarios colectivos, en los cuales se encuentran implícitos muchos los criterios de moralidad. El autor de este capítulo, apoyado en investigaciones temáticas, hace reflexionar sobre la necesidad de formación, para llevar a cabo una educación en un escenario que cada vez más diverso y que reclama ser tenido en cuenta. De ahí la importancia del reconocimiento y del tratamiento histórico que se ha dado a las relaciones de género, las cuales se han enmarcado en un modelo patriarcal que ha asumido roles excluyente para hombres y mujeres, los cuales han sido transmitidos socialmente a las nuevas generaciones. Por lo tanto, es deber de los educadores conocer los movimientos históricos, reflexionar sobre ellos, buscar las mejores alternativas que superar la visión de dominación y sumisión que mucho daño han causado a la sociedad y la familia, y por tanto a los niños y a los jóvenes en los contextos escolares.

Actualmente se experimenta un momento especial de la historia, en el que emergen nuevas formas de expresión, nuevos contenidos, nuevas doctrinas -si se quiere- y nuevas formas de relacionarse. Esto es para la educación un desafío, y concretamente para la educación moral, en tanto que es necesario caer en la cuenta de todos los imperativos éticos y morales que subyacen a nuestra cultura, pues

los educadores tienen la tarea de formarse en la diversidad y en las perspectivas de género.

Frente a una educación desde la perspectiva de género, las discusiones actuales sobre la pedagogía indican que la formación de un buen profesor requiere un tiempo considerable. Requiere formación investigativa que dote al docente de habilidades y competencias para investigar. Pero también, requiere investigar sobre los conceptos fundamentales, las fuentes constitutivas y regulativas propias de su saber. En este caso, de la educación moral.

El *tercer capítulo* es resultado del proyecto de investigación titulado: *La educación moral en estudiantes de educación superior*. Aquí se profundiza sobre las teorías y propuestas de formación moral que hay en estudios superiores. La evidencia interesante y preocupante es que la educación moral se ha investigado, sobre todo, en las primeras etapas del desarrollo de la persona y en el ámbito escolar. Pero no se ha afrontado el reto con tanta profundidad en niveles superiores de educación. Este trabajo también pone al descubierto que las instituciones de educación superior, aunque expresan en los documentos institucionales un ideal educativo en valores, actitudes y hábitos morales; realmente no se ocupan de ello: todo se reduce a un conocimiento moral que se transmite de forma teórica y poco impactante en las conciencias de los estudiantes.

Se Rescatan algunas conclusiones sugerentes de este último capítulo, que parecen pertinentes y son un llamado de atención a todo aquel que se dedica a la docencia en cualquier área.

Primero, una premisa fundamental es que la educación moral de los estudiantes no es solo cuestión de una cátedra humanística o de un tiempo determinado para pensar los problemas éticos y sociales, sino que es un asunto mucho más amplio, se trata de generar conciencia en los estudiantes y en el profesorado sobre la necesidad de hacer de los contextos específicos, entornos armoniosos y vivibles, y esto es tarea de todos, no solo de los docentes que imparten cátedras de moral o ética. Muchas veces los profesores que no son de estas áreas son los que impactan positiva o negativamente en sus conciencias y referentes morales.

Segundo, es urgente la necesidad de establecer puentes formativos entre los ciclos de educación formal. Se tiene que seguir afirmando y enfatizando que los primeros años son fundamentales para la impronta que reciben los estudiantes en su dimensión moral. De ahí que se deben contextualizar los currículos y tener en cuenta los perfiles de ingreso en los ciclos posteriores, porque desde ahí se podrá continuar con este proceso de formación moral.

Tercero, para los especialistas y responsables de la educación, en cualquier etapa de formación, se plantea la inquietud e imperativo de asumir con

responsabilidad la enseñabilidad de cualquier disciplina, dado que deben tener en cuenta que, implícitamente, inducen a sus estudiantes a ser más o menos éticos.

Esta obra es un excelente pretexto, para continuar investigando en las metodologías y modelos pedagógicos, que buscan asumir coherente y comprometidamente un sistema de valores acordes con los principios que pueden organizar una sociedad armónica y justa. No se trata solo de entender los valores o resolver dilemas morales que se quedan en la discusión y saber teórico, sino de vivir desde actitudes solidarias, de equidad, de respeto y de responsabilidad en la alteridad, o “proximidad”, como se diría evangélicamente.

La obra presenta, además, el desafío a los interesados en formación moral ciudadana, para que encuentren, que más allá de la formación en la familia, el colegio y la universidad; la calle es la que forma con mayor contundencia, y es desde la allí desde donde los estudiantes se están formando moralmente. La adolescencia se ha prolongado y los espacios formativos se están dando fuera de las aulas. Por eso, no se logrará impactar en las conciencias y mentalidades que se forman en las aulas, si se es ajenos a lo que sucede fuera de las instituciones educativas.

Ahora bien, si investigar es correr las fronteras del conocimiento, entonces hay que preguntarse permanentemente, cómo avanzar en educación moral, cuál es la índole propia de su discurso, de sus fundamentos; cuál es el movimiento del ser y del conocer; qué hay que investigar hoy, cómo hay que hacerlo y cómo transmitirlo mediante la educación, ya sea por su aplicabilidad, su relevancia o su pertinencia.

Finalmente, se invita al acercamiento a este texto, que con toda seguridad, dará elementos para familiarizarse con las temáticas morales de una forma más natural y sin prejuicios históricos al respecto. Al mismo tiempo brindará la posibilidad de adelantar una reflexión propia acerca de, cómo optar por la formación de los educadores y de cómo se debe educar responsablemente, desde cualquier área del conocimiento.

*Dra. Edith González Bernal  
Pontificia Universidad Javeriana*